

nidades sin apoyo suficiente, y suele detectarse cuando el daño ya es difícil de revertir. Evitarlo requiere presencia constante, trabajo preventivo y un Estado que no llegue tarde. Si las futuras políticas públicas se diseñan sin considerar la experiencia de quienes las viven, el riesgo es repetir soluciones ajenas a la realidad. Incluir a niños, niñas y adolescentes en las decisiones que los afectan es la única forma de construir respuestas que no fracasen en el papel. Ahí está la diferencia entre políticas que se anuncian y políticas que transforman.

JUAN PABLO VENEGAS

Prioridad a la niñez

Que la niñez aparezca hoy como prioridad del nuevo Gobierno es una señal que merece ser destacada. Reconocer la urgencia, reforzar la protección especializada, abordar la salud mental y ordenar el trabajo territorial permite abrir una oportunidad que el país ha postergado por demasiado tiempo. Pero la vida de niños, niñas y adolescentes chilenos no transcurre solo dentro de programas o servicios. Se vive en casas hacinadas, en campamentos, en barrios sin áreas verdes ni espacios de encuentro, en contextos donde la pobreza condiciona cada decisión cotidiana. Mientras esas realidades sigan intactas, hablar de bienestar seguirá siendo una promesa incompleta. A esto se suma una violencia que muchas veces no deja huella visible, pero sí marcas profundas. Esta crece en el silencio de los hogares y en comu-